

P R E T E X T O S

de Andrés HENESTROSA

Junto con el cuento, es la novela el género literario más difícil, el que tiene un mayor número de reglas para su ejecución, el que exige condiciones más intrínsecas del escritor. Su factura requiere, a un tiempo, un escritor, un ambiente y un pueblo. Hasta que no se descubra, hasta que no se identifique por sus más esenciales atributos al hombre americano, la novela que se forje entre nosotros será simplemente el anuncio, la promesa, la señal, la certeza de que se trabaja en su búsqueda. Lo que hay es una naturaleza americana, bravia, inculta, pero más real, más poderosa que el hombre, hasta el grado de que éste vive y muere pendiente de su acecho, defendiéndose de ella. No su aliada, sino su enemiga. No en balde las novelas que corren en América, como nuestras novelas, son un resumen de nuestra naturaleza, en la que el hombre forma al lado de la flora y de la fauna; los personajes son un poco árbol y otro poco tierra. Cuando el hombre se descuida en América, le nacen hojas. Algo nos está diciendo que este no es todavía el hombre americano. Cuando le vemos descrito en las novelas nos disgusta, así admiremos su enjundia, su calidad telúrica. Quien lo describe, se queja de él, lo considera un fracaso de la tierra, algo así como una aberración, pese al deleite que su espectáculo sugiere. Cuando Azuela, cuando Rivera, cuando Gallegos, cuando Güiraldes lo enfrentan, lo pintan natural, sin labranza. Muestran la canteira nada más en que alguna vez será esculpido.

Naturaleza, eso parecemos ser. Lo que un día dijo Sarmiento, a la entrada del Facundo, parece vigente aún. Si un destello de literatura nacional, dijo más o menos, podía brillar, momentáneamente, en los nuevos pueblos americanos, sería el que resultara de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y sobre todo de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, que da lugar a escenas peculiares, tan características y tan fuera del círculo de las ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres.

No hemos hecho otra cosa: describir la naturaleza, describir al hombre americano, todavía colgado de la naturaleza, como de los hombros de nuestras indias, el hijo. Pero novela es versión de la vida. Por eso son nuestras novelas Los de Abajo, La Vorágine, Doña Bárbara, Don Segundo Sombra. Pero es evidente que cada uno de nosotros siente que todavía no son las novelas de América. Un género de novelas, sí, pero provisional y transitorio. Al hombre se le pinta, se le define, no se le condena, ni se le juzga en el ámbito de la novela. Porque el hombre ame-

ricano todavía no puede escucharse a sí mismo, pendiente como está de la voz de la naturaleza que lo circunda, es que todavía no ocurre la novela americana, entendida en el sentido de Dostoiéwski, Balzac, Stendhal.

Si al lado de estas circunstancias ponemos el mero quehacer literario —la hechura de la novela—, el problema se agiganta, se torna invencible. En algunos novelistas hay ojo y garra, buenos para asir, para reflejar, para transcribir, incapaces para desentrañar el misterio, el dolor, los móviles últimos del hombre. Ejemplo: Azuela, cree que la Revolución Mexicana fue sólo grito, y no voz, sólo ímpetu y no propósito. Quien cae en su torbellino, dijo, ya no puede detenerse y rueda como una hoja a merced del viento. Nadie como él ha pintado las exterioridades de la Revolución, justamente por los dones que hemos señalado como armas de algunos de nuestros novelistas. Se puede alegar que una exacta, fotográfica descripción de los acontecimientos, trae pareja una imagen del alma de los hombres que la forjan. Ciertamente. Pero el arte busca decir por otros procedimientos las cosas. La calidad de Los de Abajo le llega por la insuperable materia prima que la informa. Materia prima que en manos menos hábiles se frustra, pues sólo un buen literato, un escritor de condiciones, puede superarlas sin contradecirlas. Tanta mala literatura que ha producido la Revolución viene de eso: de que literatos sin genio han querido enmendar el hecho escueto. Y así, se han quedado en lo macabro, en lo sangriento, en lo pintoresco. Sólo Martín Luis Guzmán, el prodigioso escritor, partiendo de los hechos escuetos, logró crear una manera de nuestra literatura revolucionaria: dura, tremenda, pero sin ceder al gusto por la descripción, amén de fraguada en una varonil y altiva prosa. Los de Abajo es una novela mexicana, pero no una novela de la Revolución.

Otros escriben tan bien, ahondan tanto, que sus personajes, de tan reales, parecen fingidos. Es lo que a ratos ocurre con Rómulo Gallegos, el otro gran escritor hispanoamericano. O bien la descripción y el gusto por lo lírico, se superpone a los rigores del género, manifiesto en un estilo torpe y desigual: La Vorágine, por ejemplo, parece a ratos escrita con la mano zurda. Don Segundo Sombra es, de todas las novelas americanas, aquella en la cual el mejor equilibrio se alcanza, en la que los hombres y el paisaje se mueven más armónicamente. Un hombre menos natural, una naturaleza menos indómita, permiten a Ricardo Güiraldes escribir una novela en la que la naturaleza no tiene primacía, en que lo tremendo no es el leit motiv.

Todo esto no tiene afán de querella. Es sólo para situar a un grupo de escritores, que huyendo de la selva, la pampa, las

(1837-1859), grandes experiencias vitales: la orfandad, el amor sin fortuna, la guerra, y la muerte. Todo esto en 22 años aún no cumplidos, en los que alcanzó a crear una obra, que aunque resienta de juventud, merece ser tomada en cuenta, al menos como una gran promesa malograda.

El asunto principal de estas prosas es erótico; pero a pesar de su juventud el autor no sólo gusta de describir los sentimientos, sino que también observa las costumbres de su época, y además posee una filosofía personal —producto de un fracaso amoroso—, que no es otra cosa que una dualidad permanente entre la materia y el espíritu, lucha de contrarios que Díaz Covarrubias toma como causa de los conflictos dramáticos de sus novelas, que al fin se disuelven con algunos toques de ironía. Los personajes de más relieve son adolescentes, cuya principal ocupación es el amor que ejercen en

tambochas y la sierra, se pusieron a escribir atentos a ejemplos europeos: escribieron novelas —de alguna manera hay que llamarlas—, sin emoción mexicana, sin raíz humana, mera literatura. Novela como nube, de Gilberto Owen, Dama de Corazones, de Xavier Villaurrutia, pueden ser los ejemplos clásicos de esta manera de la novela mexicana. Están escritas de espaldas a la patria. La literatura la hacen las mejores inteligencias de un pueblo. Y si los escritores copian, parten de inspiración ajena, se puede pensar que algo funciona mal en ese pueblo. Porque una patria es, al mismo tiempo que su constitución política, su literatura. Hay en Dama de Corazones un instante en que el personaje, distraído, en vez de tumbar la manzana del árbol, se deja caer él. Igual que en Jean Giroudaux. No que la literatura sirva como medio de propaganda. Para la propaganda política está el panfleto, la proclama, el manifiesto, el discurso. Y una buena proclama, vale por una novela. Y se puede cambiar la gloria de novelista por la gloria de panfletario. Pero la novela tiene que estar tramada con los elementos nacionales, si quiere saltar las fronteras nacionales. Los grandes escritores han sido siempre nacionales, y han estado afiliados a las ideas más generosas, más excelsas de su tiempo. Sólo así se incrustan en la universal. Sólo así son universales. Por lo mismo que representan la síntesis de los defectos y las virtudes del pueblo que los sustenta. Natural, sencilla, directamente, un gran artista procede de su tierra. Otra cosa es mentir, es equivocarse la ruta, es precipitarse por las cavernas de la barbarie literaria, como decía Ganivet.

* Versión taquigráfica de unas palabras pronunciadas en la sesión-comida del P. E. N. Club de México, el 13 de febrero de 1943.

todo lugar, ya en escenarios naturales: jardines románticos, o bien, en teatros y templos del gusto costumbrista. El poder sintético de Díaz Covarrubias favorece la existencia de personajes secundarios, tipos y caricaturas que colaboran al buen éxito de las situaciones. Las heroínas son de dos tipos: espirituales y sensuales, creaciones que encarnan ideales opuestos; así toda la obra de Díaz Covarrubias se mueve en dos direcciones paralelas pero rivales: positivismo y espiritualismo, sentimientos y costumbres, idea y realidad.

C. V.

JUAN JOSÉ DE ARRIOLA, *Décimas de Santa Rosalía*. Selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Los Presentes. México, 1955. 120 pp.

La selección —que no tiene un fin erudito, sino estético—, reduce el original en cinco tantos, para facilitar la lectura